

LAS ALMAS QUE SE LLEVÓ EL RÍO



Esta historia ocurre en un pueblecito de Galicia, de nombre Espiñeira, el cual se sitúa al norte de la provincia de Lugo. En este recóndito lugar se encontraba un muchacho llamado Narciso Saavedra, 16 años, a punto de cumplir los 17. Vivía con sus padres y su hermana pequeña.

Un día, como otro cualquiera, Narciso fue a la escuela, que le parecía monótona y aburrida; al terminar las clases volvió a su casa con paso lento, como si el tiempo no importara, como si la vida fuera una simple caminata por el parque. Mientras caminaba se puso a observar a los pájaros revoloteando en el cielo y se cruzó con el panadero del pueblo al que saludó:

-Hola, Caín, ¿qué tal el día?

Caín no hizo caso, más bien giró la cabeza al otro lado y se adentró en su tienda. Narciso, al ver que no le había hecho caso continuó su camino. Un rato después llegó a su casa y abrió el portal, subió las escaleras (que se le hicieron interminables), cogió las llaves que estaban bajo el felpudo y abrió la puerta. Cuando entró, lo primero que vio fue a su padre, el cual no tenía la sonrisa que le caracterizaba, más bien parecía como si le hubieran dado una paliza. No había rasguño alguno o herida a la vista, pero parecía como si le hubieran arrebatado la esencia de su alma. Entonces, con voz ronca y grave, como si fuera la del mismo diablo, dijo:

-Narciso, ven a la cocina, tenemos que hablar de algo muy serio.

Narciso se temía lo peor. Era muy raro que su padre se pusiera tan serio; más bien, eso era cosa de su madre. Cada paso que daba aumentaba su nerviosismo, sentía las gotas de sudor deslizarse por su cara como hojas arrastradas por el viento ligero de la primavera. El pasillo se le hizo interminable. Llegado a la cocina, se sentó en una de las sillas duras y blancas que rodeaban la mesa. Vio, por un instante, al otro lado de la puerta a su hermana, distinta, llorosa, hasta que su padre le ocultó la visión al sentarse frente a él.

Narciso miró a su padre, buscando un indicio de algo que le pudiera contar. Tenía los ojos vidriosos, como si de un momento a otro fueran a romperse; sus manos estaban un poco temblorosas, pero esto lo había visto más de una vez. La voz del padre rompió el inquietante silencio:

-Narciso, ha tenido lugar un fatídico evento...

Antes de que pudiera continuar, Narciso le interrumpió, le parecía muy extraño ese tipo de lenguaje:

-Papá no hace falta que hables así, no estás en una conferencia o algo parecido...

José, que así se llamaba su padre, miró al techo como si estuviera buscando algo que le diera fuerzas para decir las palabras exactas y no se le ocurrió mejor forma de desahogarse que golpear con furia la mesa, como si ésta fuera la culpable de lo sucedido. Entonces miró fijamente a los ojos de Narciso y dijo:

-Hijo, tu madre ha muerto cuando iba a comprar el pan. Caín la ha atropellado sin haberla visto.

Al terminar la frase rompió a llorar como un recién nacido y se echó las manos a la cabeza para ocultar su rostro. Era el dolor personificado, como si todo el sentido de su vida se hubiera esfumado en un instante. Narciso no se acababa de creer las palabras que acababa de oír, se quedó en blanco mirando a la nada. Cada letra de cada palabra había rasgado su corazón. Una y otra vez, sentía como si lo hubieran asesinado, como si su pobre corazón hubiera muerto de forma cruel. Entonces, salió de ese trance momentáneo, fue rápidamente a su cuarto, agarró un encendedor que le había regalado su abuelo cuando era pequeño y salió de su casa a toda prisa. Su padre lo dejó ir, impotente, sin fuerza alguna y sin ninguna autoridad para retenerlo.



Narciso bajó corriendo las escaleras y empujó violentamente la puerta, intentando desahogarse; después, salió del edificio. El aire era frío y se podía sentir en su aliento, casi tan helado como su pequeño y débil corazón. Se encaminó hacia la panadería de Caín. No dejaba de mirar al cielo como si pudiera ver a su madre allí en el infinito firmamento. Los pájaros habían dejado de revolotear, en el cielo tan sólo se podían ver unas nubes muy lejanas, como de otro mundo. En su mente se agolpaban hermosos momentos, borrosos



ahora con el paso del tiempo. Notó sus ojos como una vidriera a punto de romperse. En unos minutos estaba a la entrada del pequeño negocio. De pronto, vio salir a Caín. La cólera inundó su cuerpo. Sus ojos pasaron de frágiles vidrieras a punzantes alfileres apuntando a la cabeza de Caín. Un rápido y mortal puñetazo aterrizó en la

cara de Caín. Cayó al suelo, pero la ira de Narciso era tal que las patadas iban y venían una tras otra; entonces, sacó el encendedor que había cogido, abrió la parte superior y lo encendió. Narciso se quedó perplejo al ver la cara de su madre reflejada en la llama. Estaba llorando, y supo que lo que estaba a punto de hacer iba a arruinar su existencia. Involuntariamente, tocó la punta de la llama, que quemó rápida y dolorosamente su dedo. Lanzó el encendedor contra el suelo y se hizo añicos. Luego, sin importarle el estado de Caín, salió corriendo.

Caín se incorporó y miró hacia donde se había marchado Narciso. Sabía que se había salvado por los pelos y que había sido, prácticamente, un milagro. Sentía un gran vacío en su corazón, una sensación casi tan horrible como cuando acabó con la vida de su hermano por accidente, de una manera muy parecida a la muerte de Marta, la madre de Narciso. Sólo podía pensar en lo desdichado y miserable que era. Se adentró, de nuevo, en su pequeño local y desde ese momento nadie volvió a saber nada más sobre él.

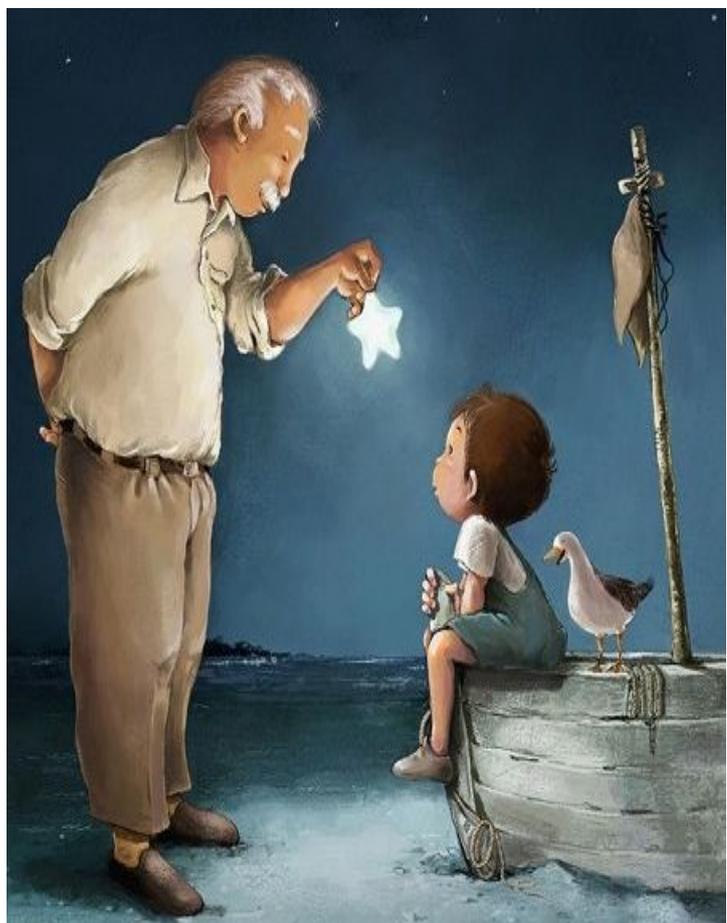
Después de lo ocurrido, Narciso se dirigió al parque del pueblo. Se sentó en un banco de aspecto acogedor, pero, en verdad, era lo contrario. Su mente no era capaz de entender y comprender la gravedad de la situación emocional por la que estaba pasando. A punto de llorar, sus manos temblaban y su cuerpo se retorció dolorido. Su corazón estaba al borde del colapso. Una sensación de vacío absoluto lo dominaba, que se hacía cada vez más grande y no paraba de arrastrarlo hacia esa nada en la que miles de ilusiones y proyectos se borran. La gente a su alrededor lo miraba fijamente sin hacer nada. Finalmente, se levantó del banco mientras intentaba secar sus lágrimas. Empezó a caminar sin rumbo fijo pensando en qué lugar estaría su madre. Le gustaría pensar que su madre estaba en el cielo, algo poco probable debido a su ateísmo; por más vueltas que le diera a la muerte no

encontraría una respuesta, ya que, si apenas conocemos nuestra vida aquí, ¿cómo es posible conocer la que hay más allá?

Sin darse cuenta, Narciso ya había llegado al límite del pueblo, pero decidió seguir por un estrecho camino que nunca había visto. Era largo y con mucha vegetación a su alrededor. Las piedras del camino se clavaban en las plantas de sus pies, pero ese dolor no distrajo a Narciso de sus tristes y deprimentes pensamientos, cada uno peor que el anterior, sobre todo, el de no volver a ver la sonrisa de su madre y no poder darle un abrazo, así como el hecho de que su madre no estaría en los momentos importantes de su vida como su graduación, su matrimonio o el nacimiento de sus hijos...

Todos estos pensamientos le hacían sentirse como una cáscara vacía, sin propósito, y sin ninguna razón para seguir adelante. El cansancio se empezaba a notar en sus piernas, pero esto no era equiparable al que le producían los constantes arrebatos de su cerebro. Para intentar distraer sus pensamientos, empezó a mirar a su alrededor: las lejanas y voluminosas nubes que venían del oeste, el atardecer de aquel día, el final del camino que conducía a un puente que unía Espiñeira con el pueblo más cercano. Cogió unas piedras del suelo y en cuanto llegó al puente no pensó en otra cosa que lanzarlas, reflejo de la frustración e impotencia que sentía. En ese momento, sonó el teléfono, abrió el móvil y pudo ver un mensaje de un amigo que decía: “¿No te apetece hablar un rato, campeón?” Le apetecía desahogarse con alguien, pero no quería parecer débil y que su amigo fuera condescendiente con él, o se sintiera triste por su culpa. Y escribió: “Otro día hablamos, que hoy ha sido un día para olvidar”. Al instante, su amigo contestó: “Vale, ya me contarás mañana; descansa, campeón”. Esta frase hizo que la mente de Narciso se calmara por un momento, pero entró un mensaje inesperado. Procedía de un número no agregado, y decía: “¿Qué tal se siente la muerte de una madre? Muerta hace un favor al mundo, seguro que está pudriéndose en el infierno”.

Narciso entró en cólera casi demoníaca y contestó con todo el odio brotando de su interior. Luego lanzó el teléfono al río con todas sus fuerzas. Se acercó al bordillo del puente; de hecho, se sentó sobre él y empezó a observar cómo la corriente del río iba en una dirección clara y precisa, no como su corazón que iba sin rumbo. Lo único que sabía era que quería



acabar con la vida de aquel ser repugnante que se había atrevido a mencionar el nombre de su madre y despreciarla de aquella manera. El río le daba una sensación de tranquilidad que se desvanecía al pensar en lo sucedido esa mañana. Entonces, se imaginó lo que podría suceder si en ese instante se tirase de ese bordillo y su alma se uniera a esas tranquilas, pero incesantes corrientes acuáticas...

Un hombre de avanzada edad pasaba por allí, lo vio y se acercó, dándole una palmadita en la espalda. Narciso se giró rápidamente. El anciano, de amable apariencia y con unas barbas casi tan largas como el propio río, tenía los ojos pequeños y una sonrisa con la que parecía pudiera iluminar el mundo entero. Miró fijamente al corazón de Narciso y dijo:

“No sé qué te ha pasado ni lo que ha sucedido, pero si algo sé es que el corazón tiene razones que la razón no comprende, y que la vida es algo que surge por casualidad, quiero decir, que es una suerte que estés vivo, porque de entre cientos de miles de espermatozoides has sido el único que ha llegado a ver un cálido atardecer. La vida no es un papel en el que debes seguir una línea de puntos, la vida es algo indomable e impredecible que manda sobre todo y sobre todos. La muerte o cualquier otro terrible y doloroso suceso no se pueden evitar, hay que vivir sabiendo aguantar los golpes que esta vida nos da y superarlos”

Narciso intentó analizar todo lo que le decía aquel anciano y antes de que pudiera decir algo el anciano continuó:

“Hay que aprender a controlar las frustraciones de la vida para no acabar fatídicamente, porque la muerte es un naufragio para los jóvenes, pero un puerto para los ancianos, así que, por favor, navega este mar conocido como vida y no naufragues al comienzo de tu viaje. Piensa que polvo somos y en polvo nos convertiremos, por lo que si puedes dejar unos granitos de ese polvo en este planeta, ¡hazlo!, y, por último, aunque sientas que te estás ahogando en las profundidades de este mundo piensa que siempre puedes ir a peor, incluso acabar en una situación horrenda; es maravilloso sentir el sol de la primavera acariciando nuestro cuerpo etéreo...”

Narciso se quedó asombrado ante las palabras de aquel sabio anciano y tan sólo preguntó:

- ¿Quién eres?

- Me llamo Santiago, para muchos una persona más, para otros un anciano que camina por este hermoso mundo...

Narciso supo que aquel anciano había salvado su pequeña y frágil vida; se quitó los zapatos y los dejó caer al río, como si se hubiera liberado de una gran pena en su alma y después caminó en paz de vuelta hacia su casa.

Antonio Serrano Formicola 4º ESO